

años ver á reyes cristianos pidiendo el auxilio de la morisma contra otros reyes también cristianos. La musa popular nos ha conservado además aquellos tan repetidos versos:

“Mate moros quien quisiera
que á mí no me han hecho mal,,

prueba incontestable de que no se hallaba tan generalizado, como se ha pretendido, el odio contra los sarracenos.

Pues si tan general hubiera sido ese odio y tan arraigados hubieran estado aquellos rencores, ¿cómo habríamos tardado siete siglos en expulsar de España á los invasores, que se habían apoderado en pocos meses?

sa para tratar de todos los asuntos en general, y muy especialmente de éste, me veda ampliar los razonamientos, á los cuales, por otra parte, el articulista aludido se vería en la imposibilidad de replicar, aunque tuviera intención de hacerlo.

Pero ha de serme lícito manifestar lo que me proponía, es, á saber: que los muchos, los muchísimos españoles que desean la paz no son malos patriotas, ni cobardes, ni afeminados, sino buenos hijos de España que sinceramente creen la paz lo mejor para su país.

Si hemos de suponer siempre mala fe, ó móviles indignos, ó impulsos ruines en quien no piensa como nosotros pensamos, no habrá manera de discutir nunca. El que más insulte se impondrá al

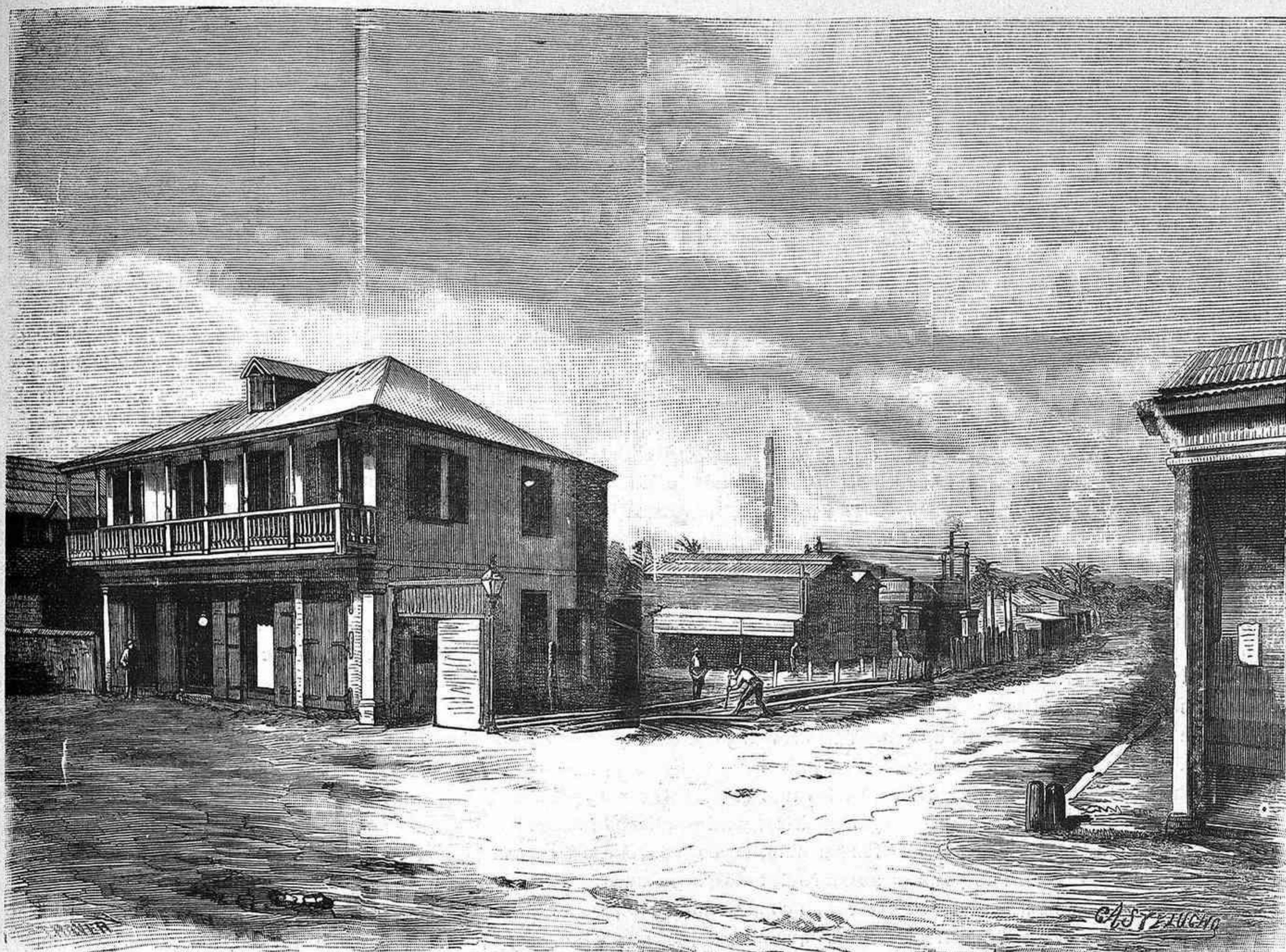
SERMON PERDIDO

I

Le estaba viendo, le estaba contemplando y no quería convencerme de que era el bueno de don Sabas, el sacerdote, que avanzaba hacia mí llamando la atención de los transeúntes á causa de sus toscos manteos y su sombrero enorme.

Y, sin embargo, era verdad.

Si hubiese seguido dudando habría disipado mis dudas el tremendo apretón de manos con que me obsequió por vía de saludo.



ISLA DE PUERTO RICO.—Playa de Mayagüez.

De que nuestras guerras de conquista no alcanzaron nunca gran popularidad tampoco nos da buena prueba *Cervantes*, cuya opinión no puede ser sospechosa en este punto y que, en su libro inmortal, reproduce esta copla:

“A la guerra me lleva
la necesidad.
Si tuviera dinero
no fuera en verdad.,”

la cual expresa de modo que no deja lugar á duda cuál era la opinión del pueblo acerca de las glorias conquistadas por los reyes de España, cuando no se ponía el sol en sus dominios.

No, no; ni entonces fueron, ni son ahora, ni serán nunca populares las guerras en España. Y en esta ocasión, puede creerlo el ilustrado articulista de *El Ejército Español*, en esta ocasión, como en otras muchas, la opinión de la mayor parte de los españoles es favorable á la paz.

Las circunstancias, en que hoy se halla la pren-

más prudente y el de mejor pulmón avasallará al afónico.

No es es esta cuestión de insultos ni de voces; yo, partidario de la paz, empiezo por reconocer patriotismo, desinterés, rectos propósitos, nobles aspiraciones en los partidarios de la guerra, ¿por qué no han de suponer ellos en mí lo mismo? A bien que si á rebuscar vamos motivos pequeños para calificar de mala manera cada opinión, no habrían de faltar de esos motivos supuestos contra los que á todo trance quieren la guerra.

No, no vayamos á esos arsenales en que hallaríamos armas para todos; considerémonos unos y otros como lo que somos, como españoles que quieren y procuran el bien de España, y veamos el modo de llegar á ese resultado.

Modo que nunca podía haber sido el de ir á la lucha sin estar preparados para ella.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

¿Pero cómo explicarme satisfactoriamente aquella *aparición*? ¿A qué había venido á Madrid el cura de Vallealegre? ¿Por qué discurría tranquilamente por la calle de Alcalá á las cuatro de la tarde de un espléndido día de Abril? ¿Por qué fijaba con tanta insistencia su mirada en los paseantes y más especialmente en las paseantas el santo varón?

Todas estas preguntas y algunas más que no recuerdo ahora me dirigí en el corto intervalo que medió entre el apretón de manos y esta natural exclamación del sacerdote:

—¡Vuelve en ti, hombre, vuelve en ti, que no soy alma del otro mundo ni allá pienso ir en muchos años!

Confieso, sin embargo, que aunque á la exclamación acompañaba la más bondadosa de las sonrisas, mi asombro iba en aumento.

D. Sabas era un hombre chapado á la antigua, apegado al terreno, y para él no existía más mundo que su valle ni más ideal que su iglesia.

